

LA CENTRALIDAD DE CRISTO

«Seréis mis amigos...»

(Jn 15, 14)

Hermano Yannick HOUSSAY
Superior general

HERMANOS MENESIANOS

Septiembre 2016

Circular 312

Sumario

Introducción	5
I Cristo, Salvador del mundo.	9
II El “ <i>ser para el mundo</i> ” del Hermano.	15
III Tener los “ <i>sentimientos</i> ” de Cristo	21
IV La fecundidad en Cristo.	29
V Profetas de eternidad.	35
VI Sois mis amigos.	41
Conclusión	48

Introducción

Este año hemos decidido estudiar el texto que la Iglesia nos propone: *“Identidad y Misión del Religioso-Hermano dentro de la Iglesia.”* Se esperaba este documento desde hace años. Los comienzos de su redacción datan, en efecto, del tiempo del Papa Benedicto XVI que había pedido a la *Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y de las Sociedades de Vida Apostólica (CIVCSVA)*, que tomase iniciativas con vistas a un mejor conocimiento de la vocación de Hermano. Así que, vamos a estudiarlo y a alimentarnos de él. Nos lo han enviado a nosotros a la vez que a los Obispos, a los Sacerdotes y a toda la Iglesia. Nos brinda una especial oportunidad de adentrarnos más profundamente en nuestra propia vocación.

No voy a hacer aquí un comentario del texto. Lo que sí haré será realzar la *Centralidad de Cristo* en nuestra vida, a la luz de nuestra Regla de Vida - que sigue siendo el documento fundamental para comprender nuestra vocación -, de *Vita Consecrata* y de algunos libros y artículos más recientes.

Cristo es la “piedra angular”, la “cabeza” del edificio que es la Iglesia, sacramento del Reino que viene. Es el cimiento de nuestra vida de Religiosos-Hermanos. Es lo que decía Juan Pablo II en la Introduc-

ción a Vita Consecrata: “La Vida Consagrada, profundamente enraizada en el ejemplo y en la enseñanza del Señor Jesús, es un don del Padre a su Iglesia por el Espíritu. Gracias a la profesión de los Consejos evangélicos - los rasgos característicos de Jesús - casto, pobre y obediente - se hacen “visibles” en medio del mundo de forma ejemplar y permanente y la mirada de los fieles se ve así llamada a dirigirse hacia el Misterio del Reino de Dios, que actúa en la historia, pero que espera alcanzar su dimensión completa en los cielos.”

El documento sobre la *Identidad del Hermano* insiste, así mismo, en la dimensión cristológica de nuestra vocación: “En cualquier momento de la historia y en todo lugar, las personas consagradas revelan a sus contemporáneos los rasgos de Jesús por los que Él mismo evidenciaba que el Misterio del Reino de Dios ya había irrumpido en la historia, ... Por eso, las personas consagradas tienen que preguntarse a menudo: ¿cómo podremos ser testigos del Señor hoy? ¿Qué presencia debemos asumir para que el Señor Jesús pueda ser visto y presentado por la gente de hoy? [...] El religioso Hermano, como la religiosa, hacen visible en la Iglesia el rostro de Cristo-hermano, el “primogénito de una multitud de hermanos” (Rom 8, 29) artesano de una nueva fraternidad, que Él asegura con sus enseñanzas y con su vida.¹”

Comenzaremos por subrayar, siguiendo al Vaticano II, que *“el misterio del hombre sólo se aclara a través del misterio del Verbo encarnado”* (G. S. 22, 1). Con ello, se nos invita a posicionarnos de forma nueva, ante el tesoro infinito de nuestra dignidad obtenida en el “anonadamiento” del Hijo de Dios que ha tomado nuestra misma carne. Nos sobrecogerá el hecho de que cada hombre de buena voluntad puede verse afectado por esta verdad de Fe: *“En efecto, ya que Cristo murió por todos y que la vocación última del hombre es realmente una, es decir divina, estamos seguros de que el Espíritu*

¹ Identidad y Misión del Religioso Hermano en la Iglesia, 15

Santo, ofrece a todos, de la forma que sólo Dios sabe, la posibilidad de asociarse al misterio pascual.” (G. S. 22, 5).

Eso nos llevará a ver cómo el Hermano debe vivir en el centro mismo de este mundo, llamado a entrar en el misterio de la salvación. El Hermano está invitado a vivir en la “radicalidad de la profecía” como lo subrayaba el Papa Francisco a los Superiores Generales en 2013. Es un signo de su presencia. A la manera del propio Cristo, el Hermano está presente en el mundo mucho más por su testimonio que por sus palabras. Está llamado a ser, como Juan el Bautista, el que muestra a Cristo y el que invita a volver la mirada a Él y a Él solo. Se convierte, de esta forma, en este mundo, en la luz que guía los pasos de los que caminan en las tinieblas: “Y tú, niño, tú serás llamado profeta del Altísimo porque irás delante del Señor a preparar sus caminos.” (Lc 1, 76)

Pero nadie es profeta si no ha sido antes discípulo. Comprenderemos entonces que nuestro Fundador nos llame a imitar a Cristo, a tener sus mismos sentimientos, a amar lo que Él ama. Escuchemos lo que S. Pablo pide a los filipenses (cf. Flp, 2), nos llevará a entender que tenemos que dejarnos transformar por el Espíritu para entrar en la manera de pensar, de sentir, de razonar y de obrar del mismo Cristo. El Papa nos recuerda con frecuencia que hemos de pedir la gracia de acoger con agradecimiento y la labor de cumplir con perseverancia, sin dejarnos adormilar por las formas de pensar del mundo.

Veremos cómo los Votos, sobre todo el de Castidad consagrada, nos hacen entrar más profundamente en esa semejanza con Cristo y en una mayor comunión con sus “sentimientos”. Nos llevará a descubrir que nuestra vocación es *Profecía del Reino venidero*. Comulgar con Cristo, imitar a Cristo en su vida terrenal, unirnos a Él íntimamente, ése es el camino de la fecundidad para la instauración del Reino de Dios en este mundo, Reino de Amor y de Paz. Pertenece-mos a Cristo más intensamente por ese voto. De ese vínculo de

amor, en la medida en que transforme nuestra vida, brotarán los frutos del Espíritu.

Contemplaremos luego el misterio de nuestra vida como profecía de la eternidad ya presente y siempre en espera. Podremos mostrar al mundo el sentido de la existencia mediante una vida totalmente “imantada” por Dios. Nosotros, más que nadie, sabemos lo desorientados que pueden estar los niños y los jóvenes, cuando carecen de un horizonte fiable en su vida. Somos conocedores de este horizonte de luz que ilumina nuestro vivir cotidiano hecho de alegrías y decepciones, de éxito o de aparentes fracasos, de sufrimiento y de combates interiores. Tener la mirada y el corazón vueltos hacia una eternidad de amor no es separarnos del mundo, es estar con la mira puesta en el porvenir de Dios como dice el Papa Francisco: *“Nuestra esperanza de poseer el Reino en la eternidad nos empuja a trabajar para mejorar las condiciones de vida en la tierra, especialmente la de los hermanos más débiles. Que la Virgen María nos ayude a ser personas y comunidades no aplastados en el presente o, peor aún, nostálgicos del pasado, sino aspirando al futuro con Dios, hacia el encuentro con Él, nuestra vida y nuestra esperanza.”* (Ángelus/7 agosto 2016)

Finalizaremos este breve recorrido escuchando de nuevo a Jesús que nos pregunta: “¿Me amas?” Invitaremos a todos a que contesten con humildad y generosidad.

I

Cristo, Salvador del mundo.

“El fundamento evangélico de la Vida Consagrada es buscar la relación especial que Jesús, durante su existencia terrestre, establece con algunos de sus discípulos. Para comprender los rasgos esenciales en una visión de conjunto, sería especialmente útil fijar la atención en el rostro radiante de Cristo en el misterio de la Transfiguración.”
(VC 14)

A la luz de lo que aquí escribe Juan Pablo II en Vita Consecrata, sabemos que no somos capaces comprender el significado de nuestra vocación de Hermano sin, primero, tomar conciencia del carácter central de Cristo en nuestra Fe cristiana y en Iglesia. Para nosotros, cristianos, el mundo no encuentra su verdadero sentido más que en Cristo, Hombre-Dios, Cordero triunfante.

“Me parece que la Escritura, y su recapitulación en el Libro del Apocalipsis, nos enseña que el tiempo no es cíclico, como pensaban los griegos, ni lineal, como creían los judíos. Tiene su centro de gra-

vedad en el misterio del Cordero inmolado y vencedor, que está sentado al lado de Dios.”² “Con Jesucristo, la alegría nace y renace una y otra vez.” (EG 1) dice el Papa Francisco.

Cristo es el centro de gravedad de nuestra vida. Todo está dicho en Él. Él es la plenitud de la vida. Sobre Él solo descansan los cimientos del mundo. Un pensador ruso, Vladimir Soloviev,³ poco antes de su muerte en 1900, imaginaba a un hombre que podría ser el emperador del mundo. Éste pide a los cristianos que no confían en él a pesar de las buenas obras que ha hecho por la humanidad: “¿Qué más puedo hacer por vosotros, personajes extraños? ¿Qué queréis de mí?” Un anciano se levanta entonces y le dice: “Gran emperador, lo más precioso para nosotros en el cristianismo, es el propio Cristo y el resto está en Él. Sabemos que toda la plenitud de la divinidad habita en Él corporalmente ... Lo más precioso que tenemos es Cristo y sólo Él. En el cristianismo, como tal, encontramos a Cristo y sólo a Él: una voluntad a menudo enunciada pero mal asimilada.” seguía escribiendo Soloviev. El Anciano sigue con su respuesta ante el gran emperador: “¿Qué puedes hacer por nosotros? Confiesa ante nosotros que Jesús es el Hijo de Dios, que vino a nosotros en carne mortal, que resucitó de entre los muertos y que vendrá en toda su gloria; confié- selo y te recibiremos como el precursor de su segunda y gloriosa venida.”

¿No será ése el centro del drama del mundo, que tanto anhela encontrar la paz y la fraternidad, pero que no parece saber por qué camino llegar ni cuáles son las premisas? La voluntad de vivir juntos en paz no puede ser compartida más que por los que entienden lo que, fundamentalmente, les une. Por el contrario, las fuerzas de división siembran la confusión y el miedo, la violencia y el repliegue

² Noëlle Hausman, in NRT 138, 2016. Un nuevo vino por la vida consagrada. El caso de los votos temporales o por la vida.

³ Cf. Michelina Tenace, conferencia a los Formadores religiosos a Roma, en 2015. Documento CIVCSVA.

sobre sí. Para nosotros, sólo Cristo tiene la verdadera respuesta a nuestras preguntas fundamentales. Sin Cristo, el mundo no es capaz de encontrar el reposo. Incluso los pobres, sin Él, continúan siendo pobres. Si escapan de ella, es para darse cuenta que, en definitiva, las riquezas de este mundo no colman la sed de vivir que llevan dentro de sí.

El Papa Francisco tiene palabras que nos recuerdan esta verdad esencial: *“El gran riesgo del mundo de hoy, con su oferta de consumo generalizado y aplastante es una tristeza individualista que nace del corazón bien instalado y avaro de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se cierra sobre los propios intereses, no queda sitio para los demás, tampoco tienen cabida los pobres, no se escucha la voz de Dios, no se disfruta de la dulce alegría de su amor, el entusiasmo de hacer el bien ha dejado de palpitar.”* (EG 2)

Necesitamos pues, *“ir por los caminos del mundo con el mismo corazón de Cristo.”*⁴ Sólo Cristo nos vuelve plenamente humanos: como Hombre y Dios que es, goza plenamente de nuestra humanidad y nos hace compartir su divinidad. En Él se halla la plenitud de nuestra vocación humana y divina. Por eso tenemos que afirmar, con Benedicto XVI: *“En el origen del hecho de ser cristiano, no se halla una decisión ética o una gran idea, sino el encuentro con un acontecimiento, con una Persona que da a la vida un nuevo horizonte y con ello una orientación decisiva.”*⁵ El Papa Francisco expresa la misma idea: *“Alcanzamos a ser plenamente humanos, cuando somos más que humanos, cuando permitimos a Dios que nos conduzca más allá de nosotros mismos para que alcancemos nuestro ser más verdadero. Ahí se encuentra la fuente de la acción evangelizadora. Porque,*

⁴ Michelina Tenace.

⁵ Benedicto XVI, *Deus Caritas est*, 1.

si alguien acepta este amor que le devuelve el sentido de la vida ¿cómo puede detener el deseo comunicarlo a los demás?” (EG 8)

“Nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne.” (Flp 3, 3) dice S. Pablo. Y añade: “Estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, ... y lo tengo todo por basura para ganar a Cristo.” (Flp 3, 8) Para él, el encuentro de Cristo no es una abstracción, es un hecho extremadamente concreto y de una riqueza inaudita. Cristo es su dicha, su felicidad. Todo lo encuentra en Él. Sin Él nada existe. Tal es el sentido de su predicación, porque ésa es su Fe.

¿Quién puede repetirlo hoy convencido? ¿Quién puede todavía anunciar al mundo la venida del Señor y la necesaria conversión del corazón para acogerle? ¿Quién puede dar testimonio de la centralidad de Cristo, el único Salvador, el sólo Señor? La profesión de los Consejos Evangélicos, hoy como ayer, se encuentra en el desafío de dar respuestas a estas preguntas. Cuando nuestros proyectos son estériles por ser demasiado humanos, se nos invita a escuchar pacientemente lo que el Espíritu dice con ligero susurro por los caminos desiertos de nuestro mundo.

En este sentido, nuestra vida entregada en Él, se ofrece para la salvación del mundo. Él mismo se entregó *‘una vez por todas’* y se sigue entregando en cada instante. Nuestro *‘sí’* en su seguimiento y por su llamada, no puede ser pasajero. Es un don para siempre, total y por amor para que el mundo tenga vida. Estamos llamados a ser profetas de su salvación. El Papa Francisco interpela a los Superiores Generales en estos términos: *“Hablemos de radicalidad, pero de radicalidad en la profecía. Tenemos que demostrar que el mundo se salvará por Cristo y sólo por Él. En Él se halla la verdad del hombre: “El hombre es la nada, es un milagro [...], es un Dios, es una nada rodeada de Dios, capaz de ser Dios.”* decía el cardenal de Bérulle.⁶

⁶ *L’homme, merveille de Dieu*, Padre Bernard Sesboüe, Salvator, p. 55

“Vivimos un momento en el que los Religiosos tiene que demostrar lucidez de pensamiento más que osadía de voluntad.” dice el P. Saverio Cannistrà⁷. De cualquier manera, será la lucidez de pensamiento la que orientará de manera justa la osadía de la voluntad. Tenemos que tratar, día tras día, de saber quiénes somos, a qué hemos sido llamados, de quién somos los testigos y cómo lo somos. Necesitamos detenernos, reflexionar y rezar, porque se trata de *“destruir y demoler, de construir y plantar.”* (Jr 1,30) Éste será el precio para convertirnos en los verdaderos testigos del Cristo Salvador del mundo.

⁷ Padre Saverio Cannistrà, Superior General de la Orden de los Carmelitas Descalzos, durante una conferencia a los Superiores generales en 2016: *La profecía de la vida consagrada*.



II

El “*ser para el mundo*” del Hermano.

La consagración religiosa es, por naturaleza, enteramente gratuita. No está vinculada a ninguna estructura jerárquica de la Iglesia. No tiene la vocación de transformar el mundo. Tiene “*un valor doxológico a la vez que profético.*”⁸ El Religioso-Hermano es un signo, especialmente sólido, de la invitación hecha a todos a participar en la vida trinitaria. Dentro de la Iglesia, es un bautizado más. Pero se diferencia de los “*fieles laicos*” por su “*radicalidad profética*” a la que es llamado. Demuestra, con su vida y sus palabras, que Cristo es el hombre perfecto y que, en Él, todos somos llamados a la plenitud de la vida. Fundamenta toda su existencia sobre Él. Con ello, manifiesta a quién quiere escuchar en el misterio de su existencia, humilde y silenciosa, laboriosa y entregada.

El Religioso-Hermano está llamado a ser, dentro del mundo, el “signo” visible del Cristo que salva. Hoy, en un mundo marcado por la imagen instantánea que atraviesa las distancias, llega sin avisar. Es más difícil de entender la presencia y la acción de Alguien que no es

⁸ Padre Saverio Cannistrà, id.

visible. Nuestro corazón capta bien algo que está en el orden de lo invisible, cuando está conmovido por una melodía vibrante, un paisaje sublime o un rostro insondable. Pero, ¿cómo evangelizar estos sentimientos interiores que tenemos y que nos abren a algo que nos sobrepasa? Este “invisible” que nos habita nos hace entrar más profundamente en la verdad sobre el hombre. Nos hace descubrir que el hombre es “*un poco más*” que lo que está a la vista; es portador de un misterio que no ha acabado de manifestarse y que es una luz más allá de toda luz del camino de la vida.

El Hermano está en el mundo “*como si viera al invisible*” (Hch 11, 27). Se apoya en Alguien que conoce sin verle, a Quien ama en medio de la noche de la Fe. Su vida no encuentra apoyo más que en Dios y Dios solo. Para él, el visible no tiene interés si no revela el misterio de Cristo. Pero para el Hermano, como para todo hombre, este misterio es insondable. Para entrar en él, se precisa humildad, paciencia y perseverancia. En efecto, “*hay un no ver y no saber que es constitutivo de la forma de ser para el mundo, del religioso.*”⁹ A los misterios se les ve a través de la experiencia de la noche. Teresa del Niño Jesús, a su manera, lo expresa claramente con una expresión sacada de uno de sus poemas: “*Apoyada en ningún apoyo.*”

Tendremos algo que decir al mundo, sólo al precio de un camino de Fe, que integre la dimensión de noche y de paciencia en un amor siempre nuevo de Dios. El día que encontremos otros apoyos, nuestra vocación habrá perdido su verdadero significado y su atractivo. Nuestra capacidad o no de discernir con lucidez los signos de los tiempos y las llamadas que el Espíritu nos dirige, nos va en ello. No se trata de hacer más cosas todavía; se trata, en primer lugar, de escuchar en silencio el tiempo de Dios. “*Para que su ofrenda sea un manantial siempre nuevo, incluso si tiene que pasar por la prueba de su Maestro, se apoya sobre esta Roca. Conserva la indefectible espe-*

⁹ Padre Saverio Cannistrà, id.

ranza que profesamos. (Cf. He 3, 12-14) Poseído por Cristo, corre hacia adelante, con todo su ser en tensión, (Plp 3, 12-14) al encuentro del Dios que alegra su juventud, (D 34), nos dice admirablemente nuestra Regla de Vida.

Esta forma de ser para el mundo supone también amarle. Pero pide también ir a él con gran libertad interior. El mundo no nos moldea a nosotros; estamos llamados por Cristo - no en solitario, sino junto a los demás Hermanos - a indicarle a él, el camino de la verdadera quietud. *“Toda verdadera Comunidad, reunida de una manera visible en nombre de Jesús, anuncia el Reino de Dios.”* (D 30). El secreto del porvenir del mundo, lo llevamos dentro de nosotros, como un regalo recibido. Está ahí, pero viene de fuera. Quisiéramos decirlo, gritarlo: no hay futuro para el mundo sin Él, que murió y resucitó.

Nuestro Carisma Educativo Menesiano encuentra su sentido pleno en esta verdad. Leyendo al P. la Mennais, entendemos que su sola y única preocupación era, que los niños encontrasen al mismo Cristo en la persona del Hermano, *“maestro sólidamente piadoso”* y se convirtiesen a Él, preparando así la llegada de un mundo nuevo y de una tierra nueva. Descubrimos ahí el sentido último de nuestro carisma de Religioso-Hermano que compartimos hoy con los Laicos. La presencia del Hermano en el corazón de los colegios y de los centros educativos, su *“ser para el mundo”*, está marcado por su vocación a apostar toda su existencia por Cristo a través del don total de su vida. *“La consagración religiosa coloca al Hermano bajo la influencia divina para que dé mucho fruto. Dedicado por nuevo título al servicio de los hombres, ejerce una forma de paternidad espiritual en la Iglesia y coopera con el Señor para abrir a las almas las insondables riquezas del misterio de la Pascua.”* (D-28) Manifiesta con ello que el hombre no puede vivir más que teniendo la mirada vuelta hacia Cristo, en Quien puede descubrir, como en un espejo, lo que está llamado a ser.

“La tensión escatológica que empapa la Vida Religiosa es - si bien lo miramos - una forma de amor radical al mundo y a la historia. El religioso, como Cristo, les abraza, les toma sobre sí y les conduce hacia él con el esfuerzo y la esperanza de alcanzar juntos el objetivo del Reino. Haciéndolo, admite él mismo, su propia fragilidad y su propia debilidad, la historia de su familia, de su Comunidad religiosa, de su pueblo, entregando en todo ello la llama de un deseo de transfiguración y de redención que se alimenta al contacto y en presencia de Jesucristo.¹⁰”

“Nada te turbe, nada te espante, todo pasa, sólo Dios basta. Dios no pasa. La paciencia triunfa de todo, quien tiene a Dios no le falta nada. Sólo Dios basta.” Éste es el mensaje radical de Teresa de Ávila que siempre llevaba consigo y que habitaba profundamente en el corazón de nuestros Fundadores. Paciencia, confianza total en la Providencia, ésas son las actitudes fundamentales del Religioso-Hermano que no tiene más apoyo que sólo Dios. Esta paciencia y la confianza radical son las expresiones de un amor grande hacia el mundo salvado por Dios y que proclaman que la Misericordia de Dios sigue operando. El *“ser para el mundo”* del Hermano es pues, ser misericordioso. Él jamás juzga, cree siempre que el bien le llevará. Sabe en quién ha depositado su confianza. No tiene miedo de transmitir esta verdad que tanto necesita oír el mundo.

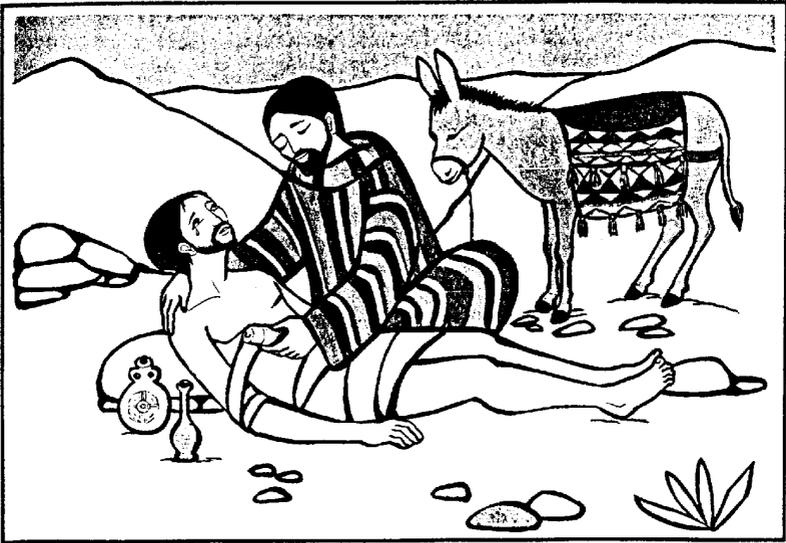
Esta manera de estar en el mundo, sin ser del mundo, supone haber experimentado la centralidad de Cristo. Todo Hermano ha tenido que hacerlo un día. Para él, Dios se impuso, como un don gratuito que le abre al don infinito de una Presencia. Se ha revelado como *“otro yo en mí, más yo que yo mismo”* como decía Paul Claudel después de haber sido tocado por Dios en la catedral de Notre-Dame de París en 1886. El invisible amor se manifiesta en la interioridad de nuestro ser, como un tesoro escondido, para la adquisición del cual hemos llegado a venderlo todo. Fortalecido con esa experiencia, el

¹⁰ Padre Saverio Cannistrà, id.

Hermano, pensando en las “*realidades de arriba*” puede avanzar por el terreno de un mundo en espera de la victoria del Cordero inmolo: “*Si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de arriba: donde está sentado Cristo a la derecha de Dios. Pensad en las realidades de arriba, no en las terrenas.*” (Col, 3, 1).

Evidentemente, el Hermano, con sus diferencias, con la originalidad de su estado de vida, no busca separarse de las demás vocaciones que constituyen una riqueza tan grande para la Iglesia. Tampoco tiene en mente asimilarse a otros, hasta desaparecer en un todo indefinido. Busca ser plenamente quien es y va, con alegría, hacia los jóvenes y los adultos. Tiene plena confianza en la obra del Espíritu en él. Ama al Dios que obra en él. Por eso, se relaciona con todos con un corazón totalmente abierto y confiado. “*Hace del otro, el peso que tiene que llevar sobre sus hombros con el mismo amor que el Buen Samaritano.*”¹¹ Es su peculiar manera de amar al mundo y se siente feliz con ella. La fuerza profética que le ha dado fuerza toda su vida: los chicos y los adultos, ven en él un horizonte que se abre a una riqueza insospechada de amor y de esperanza. Tenemos que ser conscientes de ello de una forma nueva cuando vemos con gozo estructurarse la Familia Menesiana junto a los Laicos que, en contacto con nosotros, descubren la riqueza de una vida centrada en Cristo.

¹¹ Padre Saverio Cannistrà, id.



III

Tener los “*sentimientos*” de Cristo

Para continuar con nuestra búsqueda de la *centralidad en Cristo* en nuestra Vida de Hermano, vamos a meditar ahora los primeros versículos del capítulo segundo de la Carta a los Filipenses. Nos adentran profundamente en el Misterio de Cristo, Hijo de Dios, venido en nuestra humanidad para hacernos partícipes de su divinidad: “*Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tiene Cristo Jesús*” (Flp 2, 5) les pide S. Pablo a los filipenses, haciéndoles con ello “*una llamada urgente en Cristo*” a “*hacerle completamente feliz, ...*”

S. Pablo continua con el himno cristológico, que todos conocemos bien, por el que quiere ayudarnos a discernir cuáles son estos sentimientos de Cristo que debemos compartir: “*Él, por su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios. Sino que se abajó, tomando la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Comportándose como un hombre cualquiera, se humilló incluso hasta la muerte y juna muerte de cruz!*” (Flp 2, 6-8)

Apoyándose en este texto, Juan M^a de la Mennais exhortaba a los Hermanos con estas palabras: “*No queramos saber más que una*

cosa: Jesús y Jesús crucificado, ...¹² Afirmaba sin miedo: “Ninguno de nosotros entrará en el seno de Dios, si no se ha hecho semejante a la imagen de su Hijo, ... Dios quiere encontrar en sus miserables criaturas, si puedo hablar así, la figura, la huella viva del que engendró antes de todos los siglos.¹³” Aconsejaba, durante el Retiro Anual, no cansarse de “entrar en los detalles y de comparar los sentimientos de Jesucristo con los nuestros, nuestra conducta con la suya.¹⁴”

Pero volvamos a la Carta a los Filipenses y tratemos de entender lo que nos dice. El término griego, “*Phroneite*”, que se traduce aquí por “*sentimientos*”: significa la manera de “sentir”, de juzgar, de pensar en las realidades de la vida, de razonar, de decidir y también de obrar. Pablo nos invita pues a entrar en los pensamientos y en las acciones del Hijo de Dios y de Dios mismo como Hijo. Él nos dice: tened los mismos pensamientos, la misma manera de sentir, que Cristo, el Hijo de Dios. Y a los Corintios, Pablo les dice: “*Nosotros tenemos los pensamientos de Cristo*” (1 Co 2, 16) y no los del espíritu del mundo.

Nos hallamos ante un gran misterio. ¿Somos dignos de semejante llamamiento? ¿Cómo podemos tener “*el pensamiento de Cristo*” en nosotros? No se trata sólo de imitar a Jesús en su humanidad, en la humillación y en los sufrimientos de hombre. O más bien, si se trata de eso, es sabiendo, por la Fe, que este hombre es el Verbo de Dios hecho carne. Necesitamos pues, unirnos a los “*sentimientos*” del Dios de Jesucristo cuyos “*pensamientos no son nuestros pensamientos.*”

Por nuestro Bautismo y de manera especial por nuestra Consagración Religiosa, ya hemos entrado en los sentimientos del amor del Hijo hacia el Padre y hacia los hombres que ha creado y a los que

¹² S VIII, 2525

¹³ S VII, 2172

¹⁴ S VIII 2470

quiere salvar. Estos sentimientos de amor se expresan a través de una obediencia que va hasta el don total de sí. Jesús, que no mira su divinidad como un privilegio, nos invita a amar como Él. ¿Somos capaces de comprender el alcance de esta llamada?

“Los consagrados profesan que Jesús es el Modelo en el que toda virtud alcanza la perfección. Su forma de vida casta, pobre y obediente se muestra, en efecto, como el modo más radical de vivir el Evangelio en esta tierra, un modo, por así decir, divino, porque ha sido abrazado por Él, el Hombre-Dios, para expresar su relación de Hijo único con el Padre y con el Espíritu Santo.” (VC 18) Sentir, pensar, amar, actuar como un Hijo; sentir, pensar, amar, y actuar como el Hijo de Dios: ésa es nuestra vocación. En nuestra carne humana, estamos llamados a dejar expresarse al Espíritu de Jesús, Hijo de Dios, ... a hacer brillar el ser del Hijo de Dios. No es un privilegio; no sacamos ninguna gloria personal. Bien sabemos que somos “vasos de arcilla”, débiles, frágiles y pecadores y que necesitamos, más que otros, Misericordia. Recibimos esta vocación como una llamada a salir de nosotros mismos y a darnos gratuitamente por amor. “El primer deber de la Vida Consagrada es hacer visible las maravillas obradas por Dios en la frágil humanidad de las personas a las que Él llama.” (VC 20)

Más que una imitación, que sólo dependería de nuestras fuerzas, vemos que se trata de una participación en la divinidad de Aquél que se hizo uno de los nuestros en un acto de obediencia perfecta al Padre. El Hijo ama al Padre y ama su obra de redención de la humanidad pecadora. Nos hace participar, gratuitamente, de su obediencia filial que es la justa posición que debemos tener ante el Padre y ante nuestros hermanos, los hombres.

“Sentir” las realidades como el Hijo, es pues un don recibido del Espíritu Santo, más que una tarea que cumplir. Jesús nos convierte en hermanos suyos y nos coge de la mano para hacer que amemos

a su manera. Por el Bautismo y por la Consagración Religiosa, entramos en el Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios. Participamos de su relación de Hijo para con el Padre. Nos dejamos transformar por su propia manera de juzgar, de ver y de decidir. En Él y por Él, se transforma radicalmente nuestra mirada: *“De ahora en adelante, no conocemos a nadie según la carne”* (2 Co 2, 16) sino de la forma como Cristo lo hace. Si nos paramos en un conocimiento puramente humano, no conocemos a las personas de una manera justa. Para convertir nuestra mirada, precisamos de la luz apropiada, la luz de la Fe, la luz de Cristo. Es lo que hacía decir a Juan M^a de la Mennais durante la celebración de una profesión Religiosa: *“La Profesión Religiosa es [...] una participación en el sacerdocio de Cristo, ya que nos asocia a las funciones divinas de su redención, a su caridad con los hombres, así como a su celo por la gloria del Padre, ... Fíjense lo grande que es el misterio que se va a producir en vuestra alma, ... todo el trabajo de la Vida Religiosa consiste en perfeccionar esta huella divina ...”*¹⁵

Nuestra mirada se transforma, pero también, y sobre todo, nuestro espíritu: por el Bautismo y por la gracia de la Profesión Religiosa, podemos decir, en la Fe, que cada uno de nosotros no ha nacido sólo de sus padres humanos, en una región determinada del mundo, con una cultura propia. ¡Es mucho más que eso! Sea cual fuere el origen humano, cada uno está llamado a ser miembro de la Nueva Humanidad en Cristo, que es el Reino de Dios, del que la Iglesia es signo.

La formación inicial y permanente será pues, un camino de conversión para entrar en la forma de pensar del Hijo de Dios y para sentirnos, de veras, *“de su familia”*. Nos hará encontrar la posición justa del hijo ante el Padre y ante los hermanos. Esta formación nos ayudará a entrar en la humildad y en la obediencia filial que lleva hasta la cruz, obediencia de amor hacia el Padre por la salvación de los hombres nuestros hermanos. Comprenderemos de esta manera

¹⁵ S VII 2169

que la perfección del hombre es parecerse a Cristo, el hombre perfecto, crucificado y transfigurado. Nos sentiremos llamados a una transformación interior que se hará *Epifanía de Dios* en el corazón del mundo.

Nuestro primer objetivo en la formación es pues, mirar a Cristo, contemplarle a través de la Palabra de cada día, recibir el don de su vida en los Sacramentos y en primer lugar de la Eucaristía. Cuando oramos juntos los salmos, tenemos la enorme suerte de pronunciar las palabras que pronunció Jesús; nos hace así entrar en sus pensamientos si nos dejamos penetrar por esas palabras. La meditación de la Palabra en la meditación de la mañana, esos 30 minutos de meditación - tiempo reservado a Dios, tiempo sagrado - debe ser el tiempo privilegiado de nuestras jornadas, el tiempo encargado de hacernos entrar en los *“pensamientos”* del Maestro.

Formarse, tomar la forma de Cristo. Eso sobrepasa nuestras propias fuerzas, nosotros que hemos sido heridos por el pecado. Sólo Él lo puede conseguir. Pero precisa de nuestra aceptación amorosa y obediente. Ésta no es ni facultativa ni parcial. Ha de ser plena y completa: *“Cuando Dios dice que quiere nuestra santificación, es como si dijera que quiere encontrar en nosotros las perfecciones de su Hijo; que estemos ... revestidos de Jesucristo, como dice el Apóstol ... que juzguemos las cosas como Él las juzga; que amemos como Él ama ... En una palabra, que todos nuestros pensamientos sean conformes a sus pensamientos y ... ¡que seamos su imagen viva!¹⁶”* *“Unidos a Jesús, busquemos lo que Él busca, amemos lo que Él ama”*, (EG 266) nos pide, por su parte el Papa Francisco. Eso exige de nosotros una firme determinación y no una voluntad que se deje llevar sin timón, a golpe de caprichos.

Cada carisma expresa la originalidad del *“sentir”* a la manera de Cristo. Es una manifestación de un don por amor que va hasta el don

¹⁶ S VII 2469

total de sí, siguiendo a Jesús. Es una respuesta a la fuerza del amor que está impreso en el ser, por el Espíritu. Es una forma de entrar en el actuar del Hijo de Dios para la salvación del mundo. El carisma es una llamada a dar todo, a entregarse enteramente, en la lógica de la parábola de los talentos y como se le pidió al joven rico: *“Ve y vende todo lo que tienes, dalo a los pobres y luego ven y sígueme.”* (Mc 10, 21) Cristo no le pide sólo dar un vaso de agua. Le conmina a venderlo todo y darlo a los pobres. Entramos en una nueva dimensión. Tratándose del carisma, no se nos pide pues, que nos contentemos con nuestras obras, aunque sean hermosas y coronadas de éxito. Se nos pide que nos entreguemos en totalidad, de olvidarnos de nosotros radicalmente. Si entramos realmente en esta manera de imitar a Cristo, no nos contentaremos con los resultados humanos, trabajaremos con fuerza para que el Reino de Dios llegue a cada uno y cada una de los que servimos. No buscaremos ser aplaudidos por el mundo. Nos sentiremos dichosos porque nuestros nombres están escritos en el cielo, como Jesús se lo proponía a sus discípulos que volvían de hacer curaciones en su nombre. No nos preocuparemos más de las alabanzas o de los agradecimientos que pudiéramos recibir. Queremos entrar en una completa gratuidad del don de nosotros mismos. No tendremos ya más en cuenta, los frutos de nuestras acciones y de nuestro trabajo; que serán abundantes, gracias al Espíritu Santo, pero será Él solo el que cuente.

Ahora le toca a cada uno emprender este camino de conversión. Porque si la gracia es necesaria para comulgar con los *“sentimientos”* que Cristo tenía, es esencial también nuestra decisión de querer parecernos a Él. Cada instante de nuestra vida está comprometido en este proceso de conversión. Nuestra Regla de Vida es un guía precioso. Pero, debemos llevar dentro la convicción de que necesitamos comulgar con los *“sentimientos”* de Cristo Jesús. La señal de que poseemos este ardiente deseo, será, a mi parecer, que estemos ávidos de dar a conocer a Aquél que colma de esta manera nuestra vida.

“¿Qué amor no siente la necesidad de hablar del ser amado, de enseñarle, de darle a conocer?” (EG 264). Repitámoslo: si nuestra mirada no descansa diariamente en Jesús, Cristo y Señor, nunca responderemos a nuestra vocación, no transmitiremos sus *“sentimientos”* y el ardiente deseo que el Padre sea conocido y amado, no brillará en nuestros rostros.

“Veo la belleza de tu gracia, contemplo su fulgor y reflejo su luz; me arrebató su esplendor indescriptible; soy empujado fuera de mí mientras pienso en mí mismo; veo cómo era y qué soy ahora. ¡Oh prodigio! Estoy atento, lleno de respeto hacia mí mismo, de reverencia y de temor, como si fuera ante Ti; no sé qué hacer porque la timidez me domina; no sé dónde sentarme, a dónde acercarme, dónde reclinar estos miembros que son tuyos; en qué obras ocupar estas sorprendentes maravillas divinas.” (VC 20) Porque, por vocación, aunque seamos indignos, nuestra vida ha de ser en la Iglesia *“una de las huellas concretas que la Trinidad deja en la historia, para que los hombres puedan descubrir la fascinación y la nostalgia de la belleza divina.”* (VC 20), escribe Juan Pablo II.



IV

La fecundidad en Cristo.

Cristo es el centro de nuestra Vida Religiosa. Por los Votos aspiramos a parecernos a Él y a entrar en sus "*pensamientos*" hacia el Padre y hacia los hombres. En Jesucristo, por medio de sus Votos, nuestra vida aspira a la fecundidad. Sin tratar de hacer aquí un estudio de cada uno de ellos - ya han sido estudiados en circulares anteriores - detengámonos un poco en el Voto de Castidad Consagrada. La Pobreza y la Obediencia, de hecho, no dan fruto más que en un corazón transformado por el amor de Dios y la alegría de hacer su voluntad, que es lo que expresa el Voto de Castidad que, sin embargo, parece ser el que más en crisis está hoy en día.

El mundo mira demasiado a menudo la sexualidad de una forma que no favorece la dignidad humana¹⁷. Por eso es importante que los Religiosos tengan las ideas claras y una decisión firme, en este dominio de nuestro ser, que toca tan de cerca nuestra afectividad y nuestras relaciones con los demás. Como Religiosos-Hermanos y

¹⁷ Me inspiro en estas páginas de la intervención de Michelina Tenace a los Formadores religiosos en Roma en 2015.

también como religiosos-educadores, debemos intentar saber lo que Dios, a través de la diferenciación sexual, quiere revelar sobre nuestra humanidad.

Desde el Génesis, la Palabra de Dios nos presenta al ser humano como sexualmente diferenciado: *“Dios creó al hombre a su imagen, hombre y mujer los creó.”* (Gn 1, 27) La diferencia entre el hombre y la mujer se presenta en referencia a Dios, *“a imagen suya.”* Ahora bien, sabemos que *“para los Padres de la Iglesia, la imagen era una realidad muy fuerte, no simplemente una pintura, sino la reproducción exacta del ejemplar y el símbolo del ser original.”*¹⁸ Así que nos encontramos ahí con un misterio de Fe. A través de la diferencia sexual, se nos quiere decir algo sobre Dios, sobre nuestra relación con Dios sobre nuestra Fe en Él, sobre la Alianza. En la Biblia, la Fe, el Amor, la Alianza, la Obediencia, la Misericordia, todas esas palabras que nos hablan de Dios, nos dicen algo sobre el encuentro y sobre la relación. Esta última es un elemento fundamental de nuestro ser, imagen del Dios Trinidad. Así *“la castidad de los célibes y de las vírgenes, en la medida en la que manifiesta el don a Dios de un corazón indiviso, constituye el reflejo del amor infinito que une a las tres Personas divinas en la profundidad misteriosa de la Vida Trinitaria; amor que testimonia el Verbo encarnado hasta la entrega de su vida; amor derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Rm 5, 5) que impulsa a una respuesta de amor total a Dios y a los hermanos.”* (VC 21)

La diferencia entre el hombre y la mujer es la parábola de toda relación. Se trata de acoger al otro en el límite que significa su ‘calidad de ser otro’, ese otro al que no podemos poseer ni suprimir, el otro que nos revela nuestra propia vocación a amar y a acoger a alguien distinto de uno mismo. Y en esta parábola de diferencia sexual, son esenciales dos elementos: el cuerpo y la relación.

¹⁸ *L’homme, merveille de Dieu*, Bernard Sesboüe, Salvator, p. 77

En el corazón mismo de nuestra vida, la diferencia sexual de la humanidad es pues un misterio que manifiesta la comunión en la diferencia. Los límites de cada persona están ahí con vistas a la comunión entre las personas. Están abiertas a una relación de amor y no a una relación de posesión o de dominio. La Fe nos invita pues a arriesgarnos a una alianza que consiste en amar al otro en su diferencia. De esta forma se vence al veneno del pecado original que busca poseer al otro y que sólo lleva a cerrarse sobre uno mismo o sobre alguien que le sea semejante.

Hacer Voto de Castidad es darse totalmente a Dios y a los demás. Ninguna atadura puede encerrarnos en nosotros mismos. Todas *“las ataduras”* - a las que el P. de la Mennais tanta atención prestaba - se viven con la dinámica del don gratuito de sí y no con la del repliegue sobre uno mismo, con la búsqueda del placer personal, o de la satisfacción de imperativos culturales. *“Para algunos, Cristo ha abierto el camino del celibato ‘por el reino de los Cielos’, que manifiesta de una forma más clara y más completa la realidad profundamente renovadora de esta alianza inaugurada por su Encarnación.”* (D 35b)

Para nosotros, seguir a Cristo en la Vida Consagrada no significa, que quede claro, desdeñar esa primera vocación a ser una sola carne entre dos, en el amor. Simplemente, estamos llamados a dar el sentido último: la elección de renunciar a la unión sexual es una decisión escatológica y espiritual: es la declaración pública de nuestra Fe en el misterio del Verbo hecho carne y de nuestro ardiente deseo de apostar enteramente por Él. Por el Celibato Consagrado confesamos que Dios mismo nos ama personalmente y que por Él, somos un *“otro”*, llamado libre y definitivamente a responder radicalmente a su amor. Y hemos elegido amarle, y no amar más que a Él, no formar más que uno con Él, gracias a Él y sólo a Él y de dar mucho fruto en el centro de esta relación, de esta Alianza.

¿Cómo puede existir semejante relación entre Dios y su Criatura? ¡Hay tanta diferencia entre ellos! La respuesta se encuentra en Jesús,

en el misterio de la Encarnación. En Jesús, en efecto, el hombre y Dios se unen en una misma persona. Así que, imitando a Jesús, entrando en sus *“pensamientos”* como decíamos más arriba, dejándonos transformar por Él, nos unimos a Dios y damos muchos frutos de eternidad.

Más aún, también tenemos nuestra fecundidad como Iglesia y por lo tanto también como Comunidad, por el hecho de que formamos un solo Cuerpo del que Cristo es cabeza. Debemos subrayar con fuerza que nuestras Comunidades sacan su fecundidad de su unión profunda con Cristo. Deberíamos de dedicar tiempo a profundizar más en este misterio. El simple punto de vista humano no es suficiente para entender por qué tenemos que vivir como hermanos. Si Cristo no es verdaderamente Quien construye nuestra *“casa-Comunidad”*, entonces, no habrá unidad ni verdadera fecundidad. La vida fraterna no es fecunda más que si tiene en su centro a Cristo y su corazón late al ritmo de la Iglesia entera. La Eucaristía nos da acceso pleno a este misterio. Debemos preguntarnos qué cambios podemos hacer para que nuestras Comunidades tengan el ritmo del corazón de Cristo: el lugar del oratorio o de la capilla, la estética de los locales, la elección de las imágenes o de los iconos, la frecuencia de la celebración de la Eucaristía en los locales comunitarios, la forma con la que hablamos de las realidades de la Fe, con la que juzgamos a los Ministros de la Iglesia, a o a los sacerdotes de nuestra parroquia, el cuidado que ponemos en el rezo del Oficio Divino, etc.

Llamados a la misma Obediencia, a la misma Pobreza a la misma Castidad que Cristo, lo somos en la medida en que estemos llenos del amor filial de Cristo hacia el Padre. Ya lo sabemos, todo, en Cristo es reflejo del Padre. Su voluntad es la del Padre, su amor es el del Padre. Cristo no se ha apropiado de nada. Entregándose a sí mismo, entrega al Padre. En Jesús, somos Hijos nosotros también. Eso es lo expresa el Voto de Celibato Consagrado. Por eso, podemos, por gracia, dar los mismos frutos que Él.

Sin ser el esposo de alguien, somos hombres en relación con la alteridad fecunda. Sin buscar una descendencia física a la que pertenecemos, a una herencia cultural, nacional o familiar, somos hermanos de todos. “¿Quién es mi madre o quiénes en mis hermanos?” preguntaba Jesús. El Bautismo que nos incorpora a Cristo y nos convierte en Hijos de Dios, inaugura una cultura nueva, una tierra nueva, una familia nueva. Para entrar con libertad en esta cultura de la Vida Dios, tenemos que liberarnos de los condicionamientos de la familia humana, de la sociedad, de nuestra propia historia. En eso, la vida del Hermano, es más que nunca profética. Y la palabra de Juan M^º de la Mennais, que tenía una percepción clara, resuena en nuestros corazones: “*Sois mensajeros del amor y de la paz, que parecéis bajados del cielo para enseñar a los hombres a conocer a Dios y a amarle.*”¹⁹ Los que “forman” el corazón de los niños, son “Hijos de Dios”, no atados a su familia humana, sino a la familia que es la Iglesia. Es también lo que significa hoy la Familia Menesiana formada por Hermanos y Laicos, una familia querida por el Espíritu Santo, en “*la Iglesia, familia de Dios.*” Con S. Pablo, seguro que también nosotros podemos decir que “*no conocemos a nadie según la carne*”, sino según el Espíritu Santo.

La Castidad Consagrada “*es un signo del amor preferencial al Señor. Transforma al ser humano en su profundidad y crea en él una misteriosa semejanza con Cristo.*” (D 36). Sacamos nuestra fecundidad de este profundo vínculo que nos une a Cristo. A través de esta Alianza específica que nos une a Él, comulgamos con sus pensamientos, con su forma de juzgar y de obrar y nuestra vida se vuelve completamente fecunda en el centro de una humanidad renovada por el Espíritu Santo.

¹⁹ A Bruté de Rémur, 1810



V

Profetas de eternidad.

La vida del Hermano Menesiano, entregada a Dios para siempre, se fundamenta en el Amor de Cristo a su Iglesia, que no se debilita nunca y que nunca se acaba. Cristo es fiel. Nosotros nos apoyamos en Él para serlo nosotros también. Esta fidelidad es “*profecía*” del amor de Dios al mundo, de su Presencia amorosa, del don total y entero de su vida por nosotros.

Nosotros somos signos, profetas de la Misericordia del Padre - ¿podemos pronunciarlo sin temblar? - que se nos ha revelado en Cristo. Afirmamos, entregando nuestra vida como sacrificio santo, que el tiempo tiene su centro de gravedad en el misterio del Cordero inmolado y vencedor, que está sentado de ahora en adelante a la diestra del Padre, como lo hemos recordado al principio de esta Circular.

Somos los profetas del Cordero y por nuestra Profesión Religiosa nos sentamos ya con el Cordero junto al Padre. De esta manera reconocemos la intuición de los dos discípulos, Santiago y Juan, que pedían a Jesús sentarse con Él junto al Padre. Aunque quizá se habían olvidado, que también había que llevar la cruz; el discípulo no está

por encima de su Maestro. Pero ellos se sentían llamados a entrar en el Misterio que sobrepasa lo que el corazón y la inteligencia pueden comprender.

De ahí es de donde nace nuestro *'ser profetas'*. *"Nuestra vida no está hipnotizada por la emergencia, el desarrollo y luego el declive de nuestras fuerzas, está imantada por la Victoria de Cristo sobre la muerte: el Acusador de nuestros hermanos ha sido rechazado, el que los acusaba ante Dios, día y noche." (Ap. 12, 10) Todos nuestros compromisos humanos participan de esta liturgia, a la vez terrestre y celestial, todo está ya logrado; sólo resta aguantar, mantener con firmeza lo logrado, luego "hecho está." (Ap 16,17) El futuro puede estar ya presente y la eternidad al alcance del momento cuando Dios trastoque el tiempo, cuando intervenga y renueve la creación ... La tierra ha visto ya el cielo ... De ahora en adelante, los acontecimientos del mundo dan testimonio de la venida de Dios inaugurada con la Resurrección de Jesús: el cielo ha llegado a la tierra en el dolor y exulta con ella con una sola voz. La historia ha sido anegada por la sangre del Cordero; da a conocer por el dolor, el rechazo amargo y violento del testimonio de la Cruz la llamada del Espíritu para que venga el Esposo. En este diálogo, esta liturgia cósmica, la Esposada se reconoce para siempre, prometida de Aquél que dice: "Llego ya". De esto es de lo que somos los pobres testigos.²⁰"*

Cierto es, que, entre nosotros, hemos tenido la gracia de acompañar a Hermanos, que han dado testimonio de esta victoria del Bienamado hasta la experiencia de la enfermedad y de la muerte. Los que les han asistido así fraternalmente han sido evangelizados como nunca. El mensaje de su *"paso"* de la tierra al cielo ha puesto de manifiesto que, para ellos, era como *"ya hecho"*. Su corazón, en el que Cristo había ocupado el primer lugar por encima de todo lo demás, estaba ya en el cielo, a su lado. ¿Qué nos falta, y sobre todo que sea

²⁰ Noëlle Hausman, in NRT 138, 2016, p. 74. Un vino nuevo por la vida consagrada. El caso de los votos temporales o por la vida.

más hermoso, por revelar? En este momento, como pasando revista a toda la historia de su vida entregada a Cristo por el SI generoso de su juventud, han entendido la inmensa bondad de la que se han beneficiado. Y al mismo tiempo, es esta Buena Nueva la que, en sus corazones y en sus manos demasiado frágiles para llevarlo, Cristo la ha colmado con su presencia luminosa y amante.

Estos Hermanos, para nosotros, son los testigos preciosos de Cristo como Juan M^a de la Mennais, que escribía en el Memorial: *“El corazón del hombre de bien, es una fiesta continua. (Prov 15) Es cierto porque para él los dolores son alegrías; saborea con deleite las amarguras de la vida; la eternidad, para él es ya un presente y perdiéndose en Dios, sumergiéndose en la verdad y en el amor, entra en el cielo en el que goza de una inefable paz.”*²¹ *“Mañana, Hermanos, mañana la eternidad.”*, les recordaba a menudo a los Hermanos. *“Que vuestro espíritu se eleve, les seguía diciendo, “que vuestro corazón se abra y se dilate, que vuestra imaginación se agrande para comprender, tanto cuanto lo permita la humana debilidad, una idea más justa de los bienes que el Señor ha prometido y que tiene preparados para los elegidos.”*²² *“¡Eternidad! ¡Eternidad! ¡Dios Sólo! Estas tres palabras valen más que todos los libros de ciencia y después de haberlas repetido en el fondo del corazón, siento más que nunca la nada de todo lo que no es Dios.”*²³

Verdad es que hoy en día, la predicación, pero también la teología, hablan cada vez menos de la eternidad, es decir de nuestro futuro en la unidad de Dios y de Cristo. *“Sentimos malestar, como si nuestra tentación actual fuera querer huir de nuestra realidad actual hacia promesas sin sombra, ... Y cuando abordamos el tema, no constituye más que un breve paréntesis que nos invita a volver a trabajar*

²¹ M 89

²² S IV 1286

²³ A Bruté de Rémur.

*en tierra y para llamar nuestra atención sobre la consabida salvación. Sin embargo, renunciar a esta predicación, sería un suicidio de la fe. La vida eterna es el punto omega del misterio cristiano, ... sin él, lo demás se desvanece como un discurso vacío.*²⁴”

La Vida Consagrada, querámoslo o no, no alcanza su sentido total más que en esta realidad de Fe: *estamos en este mundo, sin ser de él*. ¡Damos testimonio de Cristo que recapitula toda la historia! Todo queda dicho en Él. Nuestra vida, desde el momento en que la hemos entregado, no alcanza su sentido más que en Él. El día de nuestra Profesión Religiosa, entramos en la eternidad gracias a Cristo, el Crucificado, el Viviente, el Vencedor del mal y de la muerte. Nuestra vida es un testimonio de que *“su Resurrección no es algo del pasado, entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo.”* (EG 276)

Esto es lo que el Hermano Menesiano anuncia, en el corazón de su misión de educación, en la medida en que es fiel al don total de su vida y sin tratar de volver a coger lo que un día entregó. Éste es el sentido de nuestro *“ser para el mundo”*, ya lo hemos mencionado. Somos hijos en el Hijo único. Ésa es la sólo y única cosa que queremos decir a nuestros alumnos, en el centro de una relación que es la revelación de este maravilloso misterio. Nos recordarán con cariño y alegría en tanto en cuanto hayamos hecho todo lo que estaba en nuestras manos para transmitirles este único mensaje fundamental: *Mira a Cristo, escúchale y haz lo que te diga*. Ya verás cómo encontrarás en Él el cimiento de tu vida y tu felicidad duradera y hermosa.

Para decirlo con palabras del P. Saverio Cannistrà, *“estamos, más que nunca, invitados a elaborar una teología y una espiritualidad de la espera: ¡Ven Señor Jesús!”* Ser profeta de la eternidad que ya está presente es demostrar que estamos esperando a *‘Alguien que está*

²⁴ *L’homme, merveille de Dieu*, Bernard Sesboué, Salvador, 2015, p. 346.

viniendo'. El mundo aprenderá así, dónde está la fuente de la verdadera felicidad, si descubren, a través de nosotros, pobres testigos, el horizonte del Dios que viene.

A través de la fidelidad diaria a nuestra Regla de Vida, del amor gratuito de nuestros Hermanos, del don generoso de cada instante a los más pequeños que esperan el Reino, estamos llamados a manifestar nuestra espera llena de esperanza en la venida del Cordero vencedor. Para eso, llenemos nuestras lámparas del aceite de la oración y de la escucha silenciosa de la Palabra, para que esta espera - que puede parecernos larga y difícil a veces - no nos encuentre dormidos u *"ocupados en no hacer nada."* (2 Ts 3, 11), o todavía cegados por las falsas luces de la *"mundanidad"*.



VI

Sois mis amigos.

A través de este modesto recorrido, hemos sentido que, en definitiva, el Espíritu es el actor principal de nuestra transformación interior en Cristo. Nosotros no tenemos más méritos que nadie. Somos unos pobres pecadores. Demasiado a menudo, por otra parte, podemos constatar cómo cristianos laicos pueden llevar una vida comprometida, entregada hasta el punto de ser para nosotros estimulantes en el camino de la semejanza con Cristo. Todos estamos llamados a la santidad, tanto religiosos como sacerdotes o laicos. Sólo Dios conoce el corazón de cada uno. Él sabe la generosidad de nuestra respuesta.

La cuestión es ahora saber cómo, justamente, respondemos a nuestra vocación que consiste en ser *“amigos”* de Cristo - así es como Él nos llama: *“Ya no os llamaré siervos, ... os llamaré amigos.”* (Jn 15, 15) - Ya lo hemos visto, no existe respuesta posible sin un amor exclusivo a Cristo. A eso estamos llamados: a amarle, a no amar más que a Él, porque Él ama en nosotros. Sin este vínculo de amor, humilde y total, no viviremos la *“radicalidad de la profecía”* a la que nos invita el Papa.

Debemos preguntarnos: ¿Es verdaderamente Cristo Jesús, el centro de nuestra vida, de nuestras preocupaciones, de nuestros pensamientos? ¿Es Él el objeto único de nuestro amor? ¿Qué lazos de amor nos unen a Él? ¿En qué punto estamos en esta relación de intimidad con Él? ¿Qué podemos responder a la pregunta de Jesús, que tanto conmovió a Pedro al borde del lago: “¿*me amas?*” ¿En qué punto nos encontramos en la escucha contemplativa de la Palabras de Dios? ¿Es ella nuestro alimento cotidiano? O bien ¿nos dejamos “*distraer*” y seducir por todo lo que nos aleja de Él?

Para u Hermano, la respuesta a estas preguntas no es opcional: ***¡es necesaria!*** Es cuestión de *radicalidad de su amor* por Cristo Jesús. Nuestro amor por Él supone tomar decisiones personales que comprometan la jornada completa. De otro modo el corazón se oscurece y se entristece, la mirada, deslumbrada por las luces artificiales del mundo deja de percibir la belleza de Cristo que brilla en la oscuridad. Los oídos, tan acostumbrados a los ruidos del mundo, no oyen ya la dulce música del Espíritu: “*¡Hemos tocado la flauta y no habéis bailado! ¡Hemos entonado endechas y no habéis llorado!*” (Lc 7,32)

Hermanos, vosotros y yo necesitamos volvernos hacia la Bondad, la Verdad y la Belleza de Cristo y pedir al Padre, según la carta a los Efesios, “*que se digne, según la riqueza de su gloria, armaros de poder por su Espíritu para que se fortifique en vosotros el hombre interior, para que Cristo habite en vuestros corazones por la Fe y os enraíce y cimiente en el amor, para que de ese modo podáis recibir la fuerza de entender, con todos los santos, cuál sea la Anchura, la Longitud, la Altura y la Profundidad y conocer el amor de Cristo que excede todo conocimiento y seáis llenos de la Plenitud de Dios.*” (cf Ef 3, 16-19)

Leamos nuestra Regla de Vida una vez más y comprendamos la respuesta radical a la que nos llama: “*La Profesión Religiosa es la decisión de un hombre a quien la Persona de Jesús ha seducido y que*

quiere declararse públicamente por Él ...” (D 23) “La Consagración religiosa coloca al Hermano bajo la influencia divina para que dé mucho fruto, ...” (D 28) “El Hermano anuncia con toda su vida ... que Dios, Cristo vive y la santidad es posible. Hace resplandecer en él es espíritu de las Bienaventuranzas, necesario para transfigurar el mundo.” (D 29) “... Toda verdadera Comunidad reunida de manera visible en nombre de Jesús, anuncia el Reino de Dios.” (D 31) “La oración del Hermano le proporciona fuerza y discernimiento para ser, en todo momento, testigo de Cristo en medio de la sociedad humana. Recapitula todo su esfuerzo de religioso que trabaja en la educación de la juventud, futuro y esperanza del mundo.” (D 78) ... Toca a cada uno continuar esta lectura y elaborar con ello su Proyecto Personal de Vida.

Hoy, la Congregación necesita Hermanos que tomen al pie de la letra estas palabras de Jesús: *“Quien vive en mí y yo en él, lleva mucho fruto, porque fuera de Mí nada podéis hacer, ... En esto es glorificado mi Padre, en que deis mucho fruto y seáis discípulos míos ... Os digo esto para mi gozo esté en vosotros y que vuestro gozo sea completo ... Yo os llamo amigos porque todo lo que he oído de mi Padre os lo he dado a conocer, ... No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os ha elegido y os he puesto para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto dure, y todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo concederá. Este es mi mandamiento: ¡que os améis los unos a los otros!” (Jn 15, 5, 8, 11, 15b-17)*

A cada uno le toca ahora volver a leer su vida y discernir si puede afirmar que Cristo está verdaderamente en el centro de su Misión y de su Vocación. Me gustaría añadir ahora algunos consejos para entrar en este planteamiento:

Para leer de nuevo nuestra vida.

- Comienza por dar gracias a Dios por su amor hacia ti y, después de haber invocado al Espíritu, deja que tu memoria te recuerde los signos de su presencia y de su misericordia para contigo, a lo largo

de los años de tu vida, por todo lo que te ha dado digno de recordar. Le agradecerás por haberte llamado, las gracias que te ha concedido para que le hayas podido responder con generosidad. Le dirás que quieres seguir el camino con Él porque es la alegría de tu corazón.

- Luego escucha de nuevo su voz en el fondo de tu ser. Las preguntas de aquí abajo, quizá puedan ser una ayuda para entrar en esta escucha y discernimiento. Toca a cada uno ver y elegir libremente:

- Cuando me encuentro en medio de la acción, ¿tengo tiempo de volverme interiormente hacia Cristo? Desde que me despierto ¿se dirige mi corazón al Amigo divino que vela por mí y quiere que sea todo suyo? O bien, ¿la radio, internet o las redes sociales invaden mis pensamientos desde el alba, no dando ninguna oportunidad al silencio interior para prepararme al encuentro con el Señor en la oración? Y por la tarde, ¿son mis últimos pensamientos para Él? Estos gestos sencillos son los signos de la atención continua que presto a su presencia, a lo largo de todo el día, como una oración continuada, como cuando se ama incansablemente. Son la manifestación de una voluntad de agradarle en todo y de dejarse conducir por el Espíritu de Dios.

- Cuando estoy con mis Hermanos, o con otras personas, o sobre todo, con los niños y los jóvenes, en el colegio o en cualquier otro sitio relacionado con la educación, ¿es mi mirada la mirada misericordiosa de Jesús, que no está llena más que de pensamientos de paz? O bien, ¿me dejo conducir por los resentimientos, las amarguras, las decepciones, los juicios precipitados que no se paran más que en el exterior sin fijarse en el corazón?

- ¿Fundamento mi vida en la Palabra de Jesús que es el corazón de nuestro carisma y que representa pues la actitud fundamental que da sentido a mi vida y a mi vocación de Menesiano: *“Dejad que los niños se acerquen a mí, ¿porque a los que se les*

parecen pertenece el Reino de los Cielos? Luego les imponía las manos y seguía adelante en su caminar.” (Mt 19, 14-15)

- ¿Ocupa algún lugar en mi vida la escucha contemplativa de la Palabra de Jesús? ***¡Quién no conoce la Escritura desconoce a Cristo!*** Un día sin meditar en la Palabra no es una jornada buena. Le falta la claridad de “*lo alto*”, el Guía que muestra el camino entre las tinieblas, la Palabra del Amigo que calienta el corazón. Cuando estoy con mis Hermanos, cada mañana en el silencio de la meditación y la escucha del Verbo hecho carne ¿está mi corazón despierto o adormecido? ¿Alberga el único deseo de escuchar al Ser querido? O, ¿se deja invadir por las preocupaciones y las distracciones, sin intentar, siquiera, tener una reacción tranquila y confiada?

- ¿Tengo fijado un tiempo concreto para la Lectura Espiritual? ¿Qué libros me han servido más los últimos meses y que podré volver a leer lenta y en actitud orante para que el Agua de Vida del Espíritu que corre por el corazón de Cristo Jesús apague mi sed? ¿Pongo el suficiente empeño en buscar los libros que puedan ayudarme a crecer en el amor al Solo Dios? Si soy Superior de Comunidad, o Superior Mayor, ¿qué importancia doy a esta Lectura Espiritual ante mis Hermanos? - ¿cómo les ayudo? - y ¿cómo me formo a mí mismo?

- ¿En qué lugar pongo la Eucaristía? ¿Cómo me preparo para celebrarla, con qué disposiciones voy? ¿Me empeño en “*permanecer*” con Jesús, con un *corazón a corazón* íntimo y veraz después de haber comulgado su Cuerpo? ¿Pongo el máximo cuidado en encontrar a Cristo en la Eucaristía con mis Hermanos, en la Adoración de la tarde, al final de la jornada? ¿Es este momento un tiempo privilegiado para adorarlo, agradecerle, pedirle perdón, pedir su ayuda, confiarle a mis Hermanos que son los primeros a quienes tengo que apoyar y querer porque son “*mi próximo*”?

- ¿Qué preocupación pongo, también, en no acostarme por la noche, sin haber perdonado a los que - sobre todo a mis Hermanos - he podido herir con mis palabras, mis juicios, mis intransigencias, etc.? El perdón es la actitud más importante que alberga el corazón de Jesús. Para parecernos a Él, no tenemos jamás que dejar que la amargura, las condenas o el deseo de venganza se instale en nuestro espíritu y en nuestro corazón. Precisamente por eso, es tan importante el Sacramento del Perdón, para evitar que nos contaminemos con esos pecados que minan la Vida Comunitaria y nuestras relaciones personales con Cristo. ¿Qué lugar ocupa en nuestra vida este Sacramento?

Le toca a cada uno ahora continuar leyendo la Regla de Vida, especialmente los capítulos concernientes a los Votos, la Vida de Oración y la Vida Comunitaria. ¡Ojalá, - con la gracia de Dios Padre y con el poder del Espíritu que permitamos a Cristo ser de verdad el centro de nuestra vida de Hermano! Nos haremos así dignos de ser llamados por Él, *“sus amigos y sus hermanos”*

Conclusión

No podemos dar por terminada esta breve presentación sobre la *centralidad en Cristo* en nuestra vocación de Hermano, sin evocar a María, la Madre de Jesús y madre nuestra. Ella es para nosotros una madre que sostiene y consuela, protege y estimula.

María es la Bienamada de Dios a la que Él colma de gracia. Es la Madre del Salvador del mundo. Al acoger a María hacemos sitio a Él, que es nuestro Hermano y nuestros Salvador. Estamos en el mundo de la forma que lo estuvo Jesús; María está también ahí para sugerirnos las conversiones que debemos obrar en nosotros, las palabras que debemos decir, los gestos que tenemos que hacer. Porque entre María y el Espíritu Santo hay una tal connivencia que la forma más segura de vivir según el Espíritu es: rezar y escuchar a María, la que ascendió al cielo al lado de su Hijo y la que nos enseña también la esperanza en la Eternidad del Amor. Es la Madre de la Iglesia en marcha, que canta la gloria de Dios y da testimonio de su Misericordia. Ella es el Amor que se entrega ofreciendo a su Hijo.

María es la Creyente. Por medio del Ángel, de Isabel, de Simeón y de los pastores, acogió la Palabra que se dejaba oír en la noche. Lo vemos en el Evangelio de Lucas: no todo le fue revelado de golpe. Caminó pues en la Fe. Recorrió, antes que nosotros, el itinerario que

a nosotros también se nos pide que andemos. A veces, incluso Ella se ve sobrepasada por los acontecimientos, como en la desaparición de Jesús a los 12 años. Conserva todo esto en su corazón y en su alma: *“Guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón.”* (Lc 2, 19) Escucha la Palabra de Dios y reflexiona sobre ella. Se pregunta lo que quiere decir. Se hace preguntas (cf. Lc 1). *“Lucas que es el que mejor ha puesto de relieve el privilegio de María, es también quien mejor nos permite descubrir el humanismo de su Fe.”*²⁵ *“Dichosa Tú que has creído, ...”* (Lc 1, 45) ésta es la forma con la que Lucas define a María, por boca de Isabel, al finalizar el relato de la Visitación.

Por ello nosotros podemos volvernos hacia Ella con confianza. ¿Quién, sino María, nos puede ayudar más a discernir los pasos que tenemos que dar en nuestro seguimiento a Jesús y en las decisiones que debemos tomar? ¿Quién, mejor que Ella, puede enseñarnos a escuchar a Jesús en la oración? ¿Quién, mejor que Ella, nos puede ayudar a amar a Cristo y a imitar su amor por los más pequeños? ¿Quién, mejor que Ella, nos puede enseñar cómo centrar nuestra vida en Él, para ser sus amigos y sus testigos en el mundo? ¿Quién, mejor que Ella, nos puede hacer vivir los Votos de Castidad, de Obediencia y de Pobreza con alegría y profunda generosidad, para parecernos más a Él y preparar así su vuelta a este mundo? ¿Quién, mejor que Ella, puede abrir nuestro corazón a la Esperanza del Reino venidero, del que Ella disfruta la eterna dicha ya desde ahora?

María, Sierva del Señor, plenamente dócil al Espíritu Santo, totalmente entregada a la Persona y a la Obra de tu Hijo, en Ti vemos el modelo eminente de nuestra Vida Consagrada, casta, obediente y pobre. (cf D 12)

Apóyanos en nuestra respuesta a la llamada del Salvador. Hemos decidido ser Hermanos para ir, en Su nombre, al encuentro de los ni-

²⁵ *María en el Nuevo Testamento*, A. George, DDB, p. 109

ños y de los jóvenes. Sostén nuestros esfuerzos: ayúdanos a ir gozosos y humildes a su encuentro y a llevarles la Paz y la Alegría de Cristo. Enséñanos a proclamar, sin miedo, las maravillas que el Señor realiza hoy en el mundo. Enséñanos a ser testigos fieles ante todo el mundo y más particularmente ante tus preferidos: los pobres, los desesperados de la vida, las “ovejas perdidas” que tu corazón tanto ama.

Tú, Madre Purísima, “pronta a obedecer, valiente en la pobreza y acogedora en la fecundidad virginal” (VC 112) concédenos la gracia de que demos testimonio de tu Hijo Jesús con nuestra ‘existencia transfigurada’, en comunión con todos los Hermanos y los Laicos de la Familia Menesiana, con todos los demás hermanos y hermanas religiosos y junto a la Iglesia entera.

María, Virgen y Madre, Tú que acogiste al Verbo Divino en lo más hondo de tu Fe humilde, completamente abaltonada a Dios, ayúdanos a dar nuestro “SI” en la urgencia, más que nunca agobiante, de hacer que se oiga la Buena Nueva de Jesús. Tú, rebosante de la presencia de Cristo, que ha saltado de gozo y has cantado las maravillas del Señor, concédenos la santa audacia de buscar nuevas sendas para que llegue a todos, el don de la belleza que no se marchita. Tú, Virgen de la escucha y de la contemplación, Madre del Amor Hermoso, esposa de las Bodas Eternas, intercede por nosotros para que nunca nos encerremos en nuestras seguridades y que busquemos, en todo, imitar a Cristo. (cf. EG 288)

Madre de Jesús y Madre nuestra, ruega por nosotros. Amén.

Frère Yannick Houssay

El 18 octubre 2016

San Luca, evangelista.

